

Nota sobre la canonización de José Gregorio Hernández

Pedro Trigo, SJ¹

Resumen: En este trabajo se explana la excelencia de José Gregorio Hernández y su camino progresivo hacia la ciencia médica. Luego se analiza cómo no se centra en esa excelencia científica y técnica, sino que procede como una persona integral que optimiza sus dotes para vivir armónicamente y servir a los demás. La relación con Dios y con Jesús es la que dirige y armoniza todo, lo que tiene mucho mérito al vivir en un ambiente positivista, que negaba el sentido de la religión, cuando las ciencias transformaban la vida y la sociedad. También tiene mérito que, en un ambiente eclesástico que ponía el cenit en la vida contemplativa, fuera conducido por Dios a su apostolado científico y médico. Vivió esa excelencia con una gran humildad y por eso fue reconocido, tanto por sus colegas como por sus pacientes, y por todo el pueblo, que no ha dejado de venerarlo. Por eso es tan trascendente que precisamente él sea el primer santo venezolano.

Palabras clave: Medicina moderna, laboratorio, diagnóstico científico, cristiano practicante, humanista y humanitario, coherente, modelo de venezolano, santo venezolano

Abstract: This work explains the excellence of José Gregorio Hernández and his progressive path toward medical science. It then analyzes how he did not focus on this scientific and technical excellence, but proceeded as a holistic person who optimized his gifts to live harmoniously and serve others. His relationship with God and Jesus is what directs and harmonizes everything, which is highly commendable given that he lived in a positivist environment that denied the meaning of religion, when science was transforming life and society. It is also commendable that, in an ecclesiastical environment that placed the zenith on the contemplative life, he was led by God to his scientific and medical apostolate. He lived this excellence with great humility, and for this reason he was recognized by his colleagues, his patients, and the entire population, who have never ceased to venerate him. This is why it is so significant that he is the first Venezuelan saint.

Keywords: Modern Medicine, Laboratory, Scientific Diagnosis, Practicing Christian, Christian Humanist, Venezuelan Model, Venezuelan Saint

1 Profesor en el Pregrado y el Postgrado del Instituto de Teología para Religiosos.

Introducción

Que el Papa, en la situación tan delicada de salud en que se encuentra, el martes 25 de febrero haya dado el visto bueno para la canonización del doctor José Gregorio Hernández es un signo de Dios: una verdadera oportunidad histórica. Dios quería que se lo propusiera como un ejemplo, un camino para nuestra sociedad, no sólo venezolana y latinoamericana, sino a nivel mundial.

Se palpa su excelencia y se lo encamina progresivamente a poseer la ciencia más avanzada para traerla al país

Hoy en el orden establecido se exalta, ante todo, las cualidades y José Gregorio (nacido en 1864) las tuvo en una medida eminente y las cultivó a lo largo de su vida. Sobresalía tanto que su maestro insistió a su padre que ya le había enseñado todo lo que sabía, pero que no lo retuviera en el campo (Isnotú está en las estribaciones de los Andes venezolanos), porque se desperdiciaría su talento, sino que lo enviara a estudiar a Caracas. Y, en efecto, su padre lo envió a estudiar a los 13 años (1878) en el colegio privado más famoso y eficiente de su tiempo: el colegio Villegas, internado en el que residió con gran contento del matrimonio que lo regentaba, que lo trató como un hijo, tanto es así que la esposa se hacía acompañar de él cuando iba a visitar a parientes o amigos². No sólo sacó las mejores notas, sino que sirvió de profesor de matemáticas a los que estaban comenzando. Concluyó el bachillerato en 1882. Luego estudió medicina en la Universidad Central y siguió viviendo con la familia Villegas, desempeñándose como inspector en el colegio. Eligió esa carrera por mandato de su padre que en su almacén tenía también una botica y palpaba la desatención a los enfermos.

Era aficionado al baile, aunque lo practicó poco, y a la música, y solía asistir a las retretas de la banda en la plaza Bolívar; pero la mayor parte del tiempo lo dedicaba a la investigación y al estudio, además de

2 M. Carvallo, *José Gregorio Hernández: Un hombre en busca de Dios* (Caracas: Trópode, 1995), 46.

la misa, la oración y la lectura. En el tercer año de su carrera pasó tres meses enfermo con fiebre tifoidea y lo atendieron tres médicos y los compañeros de universidad hacían guardia al pie de la cama; muestra fehaciente del aprecio que se había granjeado. Fue declarado el mejor estudiante de la universidad y como acontecimiento insólito le dieron una medalla como el mejor alumno de Anatomía. Él, al responder agradecido al Rector, a los profesores y a los alumnos asistentes al evento, dijo estas palabras que expresan lo que sería su vida: “juro en nombre de este sagrado templo del saber, donde tantas luces y conocimientos he atesorado, aplicarlos para el bien de la humanidad y en beneficio de nuestros semejantes”³. Al doctorarse le dijo públicamente el Rector: “Venezuela y la medicina esperan mucho del doctor José Gregorio Hernández”⁴. Se doctoró en 1888 y, aunque le ofrecieron un consultorio en Caracas, comenzó a practicar en su región natal, porque su empeño vital era ayudar a los desasistidos y también porque quería establecerse en un lugar adecuado para obtener recursos para seguir estudiando en Europa, cosa que no logró por lo que había decidido irse⁵.

Entonces sucedió lo mismo: su profesor Calixto González le sugirió al presidente de la República, Rojas Paúl, que lo enviara a Francia a seguir especializándose con los profesores más innovadores para que trajera a Venezuela la medicina moderna. Tenía 25 años. Y así lo hizo de 1889 a 1891, algo más de dos años en París (en 1917 estaría también en Madrid para ser discípulo de Ramón y Cajal), y trajo, además de lo que asimiló, libros y elementos, entre ellos un microscopio. El laboratorio de Fisiología Experimental que trajo fue copia exacta del de la Universidad de París, así que sería el más avanzado de América Latina. En respuesta al ministro que le encargó el laboratorio dice José Gregorio: “Presa

3 M. Yáber, *José Gregorio Hernández: médico de los pobres, apóstol de la justicia social, misionero de las esperanzas* (Caracas: Ediciones OPSU, 2004), 48.

4 María M. Suárez y Carmen Bethencourt, *José Gregorio Hernández: del lado de la luz* (Caracas: Fundación Bigott, 2000), 171.

5 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 57-67.

de la mayor emoción, ciudadano ministro, yo contemplo este gran acontecimiento para nuestro país, de la creación de un instituto que estará al nivel de los más adelantados del mundo científico”⁶.

En la Universidad Central fundó las cátedras de Histología Normal y Patológica, Bacteriología⁷ y Fisiología Experimental, en las que impartía un conocimiento teórico y práctico y fue director del laboratorio del hospital Vargas. Era realmente exigente con los alumnos, pero todos entendían que las clases eran para enseñarlos y tenía muy buena didáctica y por eso lo apreciaban mucho⁸. Fue también uno de los fundadores de la Academia Nacional de Medicina en 1904. No sólo investigó, sino que enseñó a investigar con esos aparatos de la medicina moderna y escribió artículos con el resultado de algunas investigaciones suyas. Publicó trece trabajos de investigación y dos quedaron inéditos y, además, el primer libro sobre la materia publicado en Venezuela, *Elementos de Bacteriología* (1906). Estaba preparando un libro cuando le sorprendió la muerte. En 1917 volvió a viajar a Europa para continuar asimilando las innovaciones, pero el comienzo de la Primera Guerra Mundial lo encaminó a Estados Unidos. A poco de su regreso publica su último trabajo de investigación sobre el tratamiento de la tuberculosis⁹.

Aunque siempre investigó, no fue un investigador, ya que hacer hipótesis y verificar constantemente mediante sucesivos estudios exige una dedicación total, pero sí formó alumnos que lo fueron. Fue el que introdujo en el país el estudio de las bacterias y los microbios. Se desempeñó como docente 23 años y 4 meses, a través de tres períodos: el primero, de 1891 a 1908, cuando fue a Italia para ingresar en la cartuja

6 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 90.

7 Fue la primera cátedra de Bacteriología en América Latina. Así se reconoció en el Primer Congreso Médico Panamericano celebrado en Washington, en 1893, al que asistió José Gregorio Hernández.

8 Sobre su calidad de profesor, ver Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 105-109. Cita dos libros de testimonios, principalmente de alumnos.

9 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 255.

y luego intentó ir al seminario, pero los estudiantes lo reclamaron y su director espiritual, el arzobispo de Caracas, lo convenció de que Dios lo quería en el mundo; el segundo, de 1909 a 1912, cuando el dictador cerró la universidad; el tercero, de 1916 a 1919, hasta el día antes de su muerte.

Además de la investigación y la enseñanza, que fueron realmente asiduas y fecundas, tanto que se puede decir que fue el fundador de la medicina moderna, pasteuriana, en el país, tuvo un consultorio para atender a pacientes: no sólo atendía a los que podían pagar, sino también, de una manera asidua, a los pobres. Es muy de destacar la intuición que tuvo para interpretar lo que decían los enfermos y las señales que veía y auscultaba, y las pruebas en el laboratorio con las muestras que tomaba de ellos, para dar diagnósticos y remedios apropiados. El doctor Dominici reconoció que en Venezuela “los primeros diagnósticos científicos fueron los suyos”¹⁰. Por eso le consultaban sobre casos concretos sus colegas e incluso sus maestros. Un estudioso de su dedicación médica calculó que a lo largo de su vida prescribió 7.106 recetas. También tenemos que señalar que regularmente recibía libros de Francia con los últimos descubrimientos e hipótesis.

Ahora bien, en 1894 su hermano pequeño contrajo fiebre amarilla y murió a los tres días. A José Gregorio le dolió íntimamente no haberlo podido salvar. Le afectó tanto que, en alguna medida, le cambió el temperamento, que de jovial pasó a caviloso, porque tuvo la experiencia decisiva de que la vida no estaba en sus manos ni en las de nadie, sino en las de Dios y por eso hizo lo posible por ponerse en sus manos¹¹.

Sin embargo, su dedicación a los enfermos resultó inalterada. A los que estaban muy enfermos y no podían trasladarse, los visitaba en sus casas, trasladándose siempre a pie; a los pobres les llevaba no sólo medicinas, sino también lo que requerían y se lo daba con toda

10 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 55. Lo mismo repite Carvallo, citando a su padre Temístocles, sobrino de José Gregorio (p. 103).

11 Así lo explana Carvallo citando largamente a Santos Dominici, 112-113.

discreción, tratando, si era dinero, de que pasase inadvertido. Es muy de destacar su dedicación a fondo a los contagiados con motivo de la pandemia (“la gripe española”) en 1918¹². Precisamente, caminado por La Pastora a visitar a un enfermo pobre para llevarle medicinas, no vio a un carro que venía detrás del tranvía, al intentar atravesar la calle aquél lo arrolló y José Gregorio murió al golpearse el cráneo contra la esquina de la acera (1919)¹³. Tenía 55 años. El gobierno decretó que su cuerpo se velara en el paraninfo de la antigua Universidad Central¹⁴. En el segundo semestre de ese año aparecen en la prensa más de 130 artículos y discursos sobre su vida y obra¹⁵.

Así sintetizan María Matilde Suárez y Carmen Bethencourt su contribución científica: “llegó a dominar los conceptos formales de la histología y la embriología, había adquirido destrezas en las técnicas de laboratorio y en el uso del microscopio, conocía los principios fundamentales de la bacteriología y de los procesos fisiológicos de tejidos y órganos en los seres vivos, y disponía además de información actualizada en el control y prevención de las enfermedades contagiosas”¹⁶.

No un especialista, sino una persona integral que optimiza sus dotes para vivir armónicamente y servir a los demás

Además de la dedicación a las clases, la investigación y el ejercicio asiduo de la medicina, gastó mucho tiempo y dinero en ayudar a su familia, ya que habían muerto sus padres, y él, siendo el mayor de los hermanos vivos, se sintió responsable de sus hermanos y sobrinos, y los fue trayendo a Caracas y ayudando en los estudios y el empleo. Su

12 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 266-271.

13 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 278-279.

14 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 282-283.

15 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 284.

16 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 72.

sobrino nieto lo conceptualiza así: “Se hace Padre y Madre de familia”¹⁷. Siempre quiso mucho a su familia y cuando no estaba en Caracas les escribía con gran sentimiento por la separación.

Y aún le quedó tiempo para la filosofía, no sólo para leer, sino que escribió un libro, *Elementos de filosofía* (1912), ya que, como él mismo expresa en el prólogo, esa manera de entender la vida, y más en general la realidad, es la razón de ser de su vida y lo que le posibilitaba vivirla: “Publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido, pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que sea de utilidad para mis compatriotas como a mí constituyendo la guía de mi inteligencia. También la publico por gratitud”¹⁸.

Fue ayudado una y otra vez, no sólo para que sus cualidades no quedaran inexploradas, sino para que sirviera con ellas al país. También tuvo conciencia de su propia menesterosidad y por eso procuraba valerse lo más posible por sí mismo y no recargarse en otros. Un aspecto que revela hasta dónde llegó en esa actitud es que aprendió sastrería y se confeccionaba su vestimenta desde que estudiaba en la universidad.

Para completar su figura tenemos que mencionar, como el núcleo que colmaba su vida y orientaba las demás dedicaciones, su relación con Dios y con Jesús, expresada no sólo en la misa y la oración, sino sobre todo en la presencia continua de Dios. Una concreción que no estaba en el ambiente cristiano, ni particularmente eclesial de su época, fue su predilección especial por las Sagradas Escrituras¹⁹ y, sobre todo, los evangelios.

Lo que diferencia a nuestro santo del orden establecido es que el excelente desarrollo de sus cualidades no supuso ninguna unilateralización en torno, en este caso a su condición de médico

17 Carvalho, *José Gregorio Hernández*, 98-100.

18 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 133.

19 Así lo expresó monseñor Navarro ante su tumba. Ver J. M. Núñez Ponte, *José Gregorio Hernández. Ensayo crítico-biográfico* (Caracas: Imprenta Nacional, 1958), 110.

innovador, sino que el desarrollo de las cualidades fue para expresar de la manera más elevada su calidad humana: siempre se consideró un hijo de Dios y, por tanto, no un individuo que se absolutiza y busca su exaltación, provecho y disfrute, sino una persona humilde que agradece los dones de Dios y los pone al servicio de los demás, de la sociedad a la que pertenece, no restringiéndose al orden establecido, sino considerando particularmente a los pobres. No estuvo ni autocentrado ni absorbido por su profesión, ni tampoco por el cumplimiento de observancias cristianas. Todo ello se conjugaba en su actitud fraterna de compañerismo y servicio. Tuvo la virtud de comunicarse; en concreto, hay que destacar su empatía entre el yo y la angustia ajena. Ahora bien, eso lo hizo siempre, pero venciendo muchas veces resistencias, tanto internas como ambientales.

En un ambiente positivista vive con coherencia cristiana y es respetado

Por eso sus colegas, que vivían en un ambiente positivista²⁰ que consideraba que la religión fue la primera fase, la primitiva, de comprender la realidad, que fue superada posteriormente por la filosofía y luego por la ciencia a la cual apostaban, despreciando a los que seguían siendo religiosos, respetaron la identidad católica de su colega, porque la veían no como un residuo del pasado, sino como lo que cimentaba todo su ser y, por tanto, también su dedicación científica y profesional. Por eso tiene sentido reconocer que José Gregorio “es el primero que reconcilia en el país la ciencia con la fe”²¹.

20 Carvalho titula el apartado que dedica a esta materia: Materialismo/Positivismo y Darwinismo. Carvalho, *José Gregorio Hernández*, 77; ver también 83-85. Sobre el pensamiento positivista en la Caracas de entonces, ver 115-142. Se refiere sobre todo a los profesores Ernst y Villavicencio, y muy largamente a su polémica con Razetti o, mejor, a su negativa a polemizar con él, insistiendo en que la ciencia elabora hipótesis.

21 Mikel de Viana, en Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 514.

Yáber señala que se distinguió “por la gentileza de sus modales, por su intachable conducta y por su increíble modestia”²². Y Sales Pérez escribió en *El Cojo Ilustrado*: “Nació con aquella benevolencia natural que atrae todas las voluntades, con aquella cortesanía ingenua, que impone recíproca consideración, y con aquella austeridad humilde que exige respeto”²³. Fue, pues, una persona armónica, integrada, que se respetaba a sí mismo y respetaba a los demás, relacionándose fraternamente con todos y todo ello desde su condición de hijo de Dios y de seguidor de su Hijo Jesús, que no era una relación más, sino una relación trascendente que empapaba todo lo demás. Por eso, en la conclusión de su estudio, Suárez y Bethencourt señalan que su vida tuvo “un alto grado de coherencia”²⁴. No es tan fácil que se conjuguen las cualidades con la calidad, que todo se armonice y haya una unidad compleja, no alguien que se destaca por cultivar algo que da el tono a toda la persona, unilateralizándola, aunque no se vea así, ya que lo que se aprecia es la excelencia en ese aspecto. Al centrarse en esa cualidad tan sobresaliente, se deja de lado todo lo demás, que apenas está cultivado.

No es el caso de José Gregorio: en él las cualidades se armonizaron porque estaban completamente al servicio de su calidad humana. Yáber lo caracteriza como Humano, Humanista, Humanitario²⁵. Ésta es la peculiaridad de este santo, aunque tenga sentido seguir llamándolo *doctor*, porque esa profesión de médico era el aspecto más visible de su socialización: la función que desempeñaba, aunque lo hiciera tan personalizada y servicialmente.

22 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 54.

23 En Yáber, *José Gregorio Hernández*, 127.

24 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 517.

25 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 146.

No integrado desde el comienzo, sino caminando siempre y en la misma dirección

Ahora bien, desde niño parecía siempre a todos los que lo trataron alguien dueño de sí y, por eso, haciéndose cargo de su vida con toda solvencia en cada uno de los aspectos. ¿Tenemos que decir que estuvo integrado desde siempre? Su sobrino nieto escribe: “Dadas la integridad de carácter que siempre mostró José Gregorio y la armonía con que se desarrolló toda su vida”²⁶. Para no pocos colegas y estudiosos esta impresión de naturalidad imperturbable era un enigma. Así lo reconoce el doctor Rísquez en el homenaje que le hace con motivo de su muerte: “Yo no pude nunca penetrar en aquella psicología, ni alcancé jamás a descubrir los secretos de aquella ecuanimidad imperturbable”²⁷. ¿Cómo tenemos que interpretar esta impresión, como un estado anímico permanente o como un proceso constante?

No fue un estado inalterado. Por el contrario, su vida fue un movimiento incesante, pero siempre en la misma dirección. Si “el modo humano de ser es ser siendo”²⁸, esto lo realizó tan cabalmente nuestro santo que la dinamicidad continua aparecía ante todos como estabilidad y dominio, pero no era así. Era, por el contrario, un esfuerzo armónico y siempre renovado de unificación interior, de dar de sí, de responder, haciéndole justicia a la realidad en cada uno de sus aspectos, desde lo más genuino de sí mismo, que se unificaba al responder a la realidad, que es una relación de relaciones heterogénea y muy compleja²⁹.

26 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 43.

27 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 293.

28 “El ser del hombre sólo es *siendo*”; I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica* (San Salvador: UCA, 1999), 345. De un modo similar Zubiri dice “solamente *siendo*, es siendo. La unidad del ser del hombre es gerundial”; X. Zubiri, *Sobre el Hombre* (Madrid: Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, 2007), 167. Y también, “Es justo ‘realidad siendo’”; X. Zubiri, *El hombre y Dios* (Madrid: Alianza Editorial/Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1988), 55.

29 “Es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente” (*Landato Si*, 240). *Vid.* X. Zubiri, *Estructura dinámica de la realidad*, (Madrid: Alianza Editorial, 1983).

Por ejemplo, esa coherencia fue muy notable para sus amigos más cercanos durante su estancia en París, donde, a pesar de la frivolidad del tiempo, particularmente, de la ciudad, y de estar él sin familia y atendido a sí mismo, no gastó tiempo, energías ni dinero en el libertinaje sensual ni sexual y salió victorioso de una prueba a la que lo sometieron³⁰. Por eso su compañero y amigo íntimo, a pesar de sus filosofías opuestas, el doctor Razetti, llegó a decir: “creo que hay virtudes que se pueden imitar, pero la castidad de Hernández, no”³¹.

Ahora bien, la coherencia, insistimos, requería un esfuerzo continuo, aunque fuera armónico y el esfuerzo sostenido desgasta. Así lo dice él mismo en el prólogo a su obra *Elementos de filosofía*³²: “Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el trascurso de mi existencia han sido de tal naturaleza que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente”³³. Muy humanizador tuvo que ser ese modo de vivir que le permitió vivir serenamente en circunstancias adversas. Sin ese modo filosófico le habría resultado imposible vivir.

Su vocación ¿salir el mundo para vivir en Dios o servir al mundo como misión de Dios?

Ese desgaste incesante, ese temor de no poder mantenerse en un orden establecido que no era expresión de cristianismo, que, sobre todo en la universidad y entre sus colegas era abiertamente positivista³⁴, ese sentido de fragilidad por debajo de tanta integridad, de tanta

30 Así lo cuenta Salvador Garmendia, en Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 445.

31 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 48.

32 Un resumen amplio de esta obra, con múltiples citas, se encuentra en Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 219-245.

33 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 83

34 Eso fueron también los intelectuales del régimen, que entendían las dictaduras que vivimos desde comienzos del siglo XX como “orden y progreso”, el lema de Comte, fundador del positivismo.

sinceridad y amabilidad fue lo que lo motivó a ingresar en la cartuja, para poderse dedicar en paz a lo de Dios, lejos del mundo. Tenía 44 años. Transcribimos dos reacciones publicadas con ese motivo:

Lamentamos su determinación porque resta del seno de la sociedad una virtud rara en la presente época y priva de sus eminentes servicios a la humanidad doliente”. “Nadie tiene derecho de censurar el acto en sí realizado por el doctor Hernández, pero todos debemos lamentar su extrema decisión porque extrae a nuestra actividad social un elemento útil, separa de la masa general de la nación una parte noble, apaga en la Universidad una luz y resta una inteligencia en el concierto de las actividades científicas del país³⁵.

Al no permitirlo su salud, ya que cuando ingresó en la cartuja pesaba 44 kilos y su cuerpo no pudo soportar los trabajos (estuvo nueve meses de 1908 a 1909), regresó a Caracas e intentó ir al seminario, donde sólo estuvo algo menos de un mes, porque los estudiantes pidieron al ministro de Instrucción Pública que lo repusiera en sus cátedras. Renunció el que le había sucedido y el ministro lo repuso, y su mentor, el arzobispo Castro, lo convenció de que regresara a su profesión en la que podía hacer tanto bien por su fe y su caridad.

Estuvo, como si no hubiera pasado nada, desde 1909 hasta 1913, cuando Gómez cerró la universidad. Carvallo, que recoge las recetas médicas extraídas en la botica que más usó José Gregorio Hernández, anota con asentimiento una opinión del Dr. Vélez Boza: “se asombra de que el doctor Hernández pudiera regentar cabalmente tres cátedras en la universidad, una en el Hospital Vargas de 1909 a 1911, dirigir el Laboratorio de este Hospital, atendiendo al mismo tiempo, a pie, tan numerosa clientela³⁶. Nosotros también nos admiramos, porque todos coinciden en su desempeño sobresaliente.

35 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 174-175.

36 Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 195.

Estando cerrada la universidad, el 7 de noviembre de 1913 embarca para Roma para ingresar al Colegio Pío Latinoamericano de Roma. Pero nuevamente su salud lo obligó a volverse a Venezuela, pasando antes por París, donde le aseguraron que no podría resistir otro invierno en Europa. Al fin, parece que estuvo de acuerdo con lo que le escribió el arzobispo de Caracas, monseñor Castro, su director espiritual cuando fue a la cartuja: “Usted se va; allá orará mucho; que su oración sea como una balanza delante del Señor; en un platillo ponga usted esos sentimientos, esas resoluciones, que dice informan su vocación, y en el otro deposite las necesidades de Venezuela, urgida de hombres ejemplares. Adonde el fiel se incline vea usted la voluntad de Dios y sígala”³⁷.

Dios le habló, no en la oración, sino cerrando las vías que él creía de más cercanía a Dios. Su vocación, en el sentido preciso de adonde Dios lo llamaba, fue, sin ninguna duda, la que desempeñó en Venezuela. Una vocación que fue, así lo sintieron todos, una inmensa bendición de Dios para el país. No sólo por lo muchísimo que hizo en favor de la ciencia, de la salud concreta de las personas y de la atención a los más desatendidos, sino porque todos captaban que su robusta y discreta humanidad estaba basada en la relación habitual con Dios y con Jesús. Una muestra de lo que se deseaba su presencia y su influencia es la carta que escribieron los estudiantes de medicina de la universidad al ministro de Instrucción Pública para que le reinstituyera en sus cátedras cuando salió del seminario, lo que fue aceptado por él, que promulgó el decreto correspondiente³⁸.

Ahora bien, eso no significa que no le doliera íntimamente regresar a su oficio y a sus quehaceres, después de haberse despojado de todo. Así se lo confiesa a su hermano desde París: “Nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas después de haberme desprendido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes, pero que en todo

37 Núñez Ponte, *José Gregorio Hernández*, 190.

38 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 175-176.

se cumpla la voluntad del Señor”³⁹. Quiero dejar en claro que su idea de perfección cristiana era la de su época, que no estaba basada en la vida de Jesús de Nazaret tal como aparece en los evangelios. El ideal era la vida contemplativa, aunque para la mayoría estaba la vida activa, con sus momentos de contemplación. Así aparece claro en una carta a su amigo Dominici al tener que regresar de la cartuja: “Lo que en la Cartuja encontré supera toda descripción. Vi allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo lo demás de la tierra se vuelve lodo”⁴⁰.

Así pues, en contra de la espiritualidad dominante en la institución eclesiástica de su época, que ponía la perfección cristiana en la retirada del mundo para vacar en lo de Dios, idea de la que también él participó, apreciación que aparece clara en lo que dijo monseñor Navarro, Rector del seminario, en los meses que él estuvo (“aspiraba a una santidad eminente por el cultivo exquisito de su interior y los ejercicios más austeros de la perfección cristiana”⁴¹), José Gregorio se convirtió en el ejemplo más preclaro de que el cristianismo se expresa como calidad humana, en el sentido preciso de cualificarse lo más posible para servir con la mayor eficacia posible a los demás, entregándose a sí mismo de modo horizontal, gratuito y abierto y tomando en cuenta siempre a los dejados de lado, a los pobres. Como Jesús, que se consumó como ser humano y consumó su condición humanada de Hijo de Dios en *el mundo*, no en la soledad del claustro ni dedicándose a la Iglesia, en el sentido preciso de la institución eclesiástica, en su tiempo y en el judaísmo, como maestro de la ley regente de una sinagoga, o sirviendo como sacerdote en el templo.

Tiene mucho mérito que fuera precisamente el arzobispo de Caracas, que lo conocía bien, el que pensara que Dios lo quería en el mundo para que alcanzara la perfección cristiana, atendiendo con todo su ser a las necesidades de Venezuela y que por eso lo instara a dejar el seminario.

39 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 144.

40 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 343.

41 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 187.

Esta atención no se restringió al ámbito de su profesión. La prueba más contundente es que cuando en 1902 la flota anglo-germana atacó diversos puertos de Venezuela, Hernández fue el primero que se alistó para defender a la patria en el registro de su parroquia de Altagracia⁴². Es verdad que fue, como él mismo dijo de sí, “tan venezolano en todo”. En ese momento tenía 38 años.

Para todos es siempre el mismo, pero él experimenta que el desgaste lo conduce a la vejez y le sobrevino la muerte

Ahora bien, repetimos que ese estar completamente sobre sí mismo para poner todas sus energías en responder a la realidad con todo lo que tenía desde su caridad cristiana le causaba tremendo desgaste. Por eso en la carta a su amigo Dominici en 1917, desde Nueva York, le confiesa: “te mando mi retrato (...) ya verás cómo la vejez camina a pasos rápidos hacia mí, pero me consuelo pensando que más allá se encuentra la dulce muerte tan deseada”⁴³. Se entiende que es por ser la muerte el paso para estar para siempre con Dios y los suyos. Todavía no había cumplido los 53 años.

Y, sin embargo, cuando regresó se le veía atendiendo a todos incesantemente como si eso fuera la vida de su vida, lo que le daba impulso y fuerza.

Cuando le sobrevino la muerte en ese accidente tan impensado, todos los pobladores de Caracas se sintieron no sólo impresionados, sino personalmente afectados. Amigos y colegas cargaron en la iglesia con el féretro para montarlo en el coche fúnebre que esperaba afuera, llevado por dos caballos. Pero el pueblo no dejó que lo montaran y se empeñó en llevarlo sobre sus hombros hasta el Cementerio General del Sur, que entonces distaba mucho del casco urbano. “Desde el día de las

42 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 140.

43 Yáber, *José Gregorio Hernández*, 141.

exequias un reconocimiento impregnado de afecto y agradecimiento”⁴⁴ colmó al pueblo venezolano que lo hizo suyo, su médico protector en las enfermedades.

Dos testimonios significativos de todo lo dicho⁴⁵

Así sintetiza su vida con motivo de su muerte el representante más público de ese ambiente positivista en el gremio médico, pero, a pesar de eso, admirador y amigo entrañable de nuestro santo, el Dr. Razetti:

El candor y la fe fueron las dos grandes fuerzas que le conquistaron la más amplia independencia espiritual, el más extenso dominio de sí mismo y la poderosa energía moral de su gran carácter. / Fue Médico científico al estilo moderno; investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo (...) Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites y su muerte es una catástrofe para la patria⁴⁶.

Quiero concluir con la confesión de Rómulo Gallegos, que es la que más me ha impactado, porque la hace una persona de consideración, muy representativa y no dada a halagar, es una experiencia absolutamente personal, que él cree compartida por muchos otros y porque refleja lo excéntrico de la figura de nuestro santo en el ambiente intelectual de la época, la entereza que tuvo que tener para mantener su postura y su influjo benéfico: “En pos del féretro del Dr. José Gregorio Hernández todos experimentábamos el deseo de ser buenos”. Y más ampliamente:

44 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 522.

45 Después de transcribir esos extractos, hemos leído el libro, tantas veces citado en este ensayo, de su sobrino nieto Carvallo, que concluye con tres apéndices. Los dos primeros son los testimonios completos de los dos autores que hemos elegido nosotros: Carvallo, *José Gregorio Hernández*, 285-289.

46 Extractos de la publicación en *El Universal* con motivo de su muerte, en Yáber, *José Gregorio Hernández*, 207.

Desconfiábamos ya de nosotros mismos y para justificar nuestra pecaminosa indiferencia, nos vestíamos con los harapos del cínico, amparándonos en la incredulidad, a fin de que pareciese que procedíamos así, como por haber encontrado en la filosofía de un distinguido escepticismo la clave de los enigmas del universo. Pero he aquí que de pronto se hace en nuestro interior la luz de la sinceridad, y nuestros ojos ven claramente el camino olvidado y la desvanecida voz de la fe ingenua vuelve a sonar en nosotros. (...) Sin duda fue este el más precioso don de cuantos otorgó pródicamente el Dr. Hernández. No es el mejor bien el que se hace a los demás, aunque se invierta toda la fuente del inagotable dar; sino el bien que hace brotar espontáneamente en cada alma, porque éste nos devuelve la fe en nosotros mismos y nos hace conocer el santo orgullo de sentirnos buenos⁴⁷.

Sin embargo, la tramitación de su causa, que comenzó muy tarde, se estancó por causa de monseñor Navarro, quien, por su enemistad con el arzobispo de Caracas, ya que él aspiraba a ese mismo cargo, envió una nota al Nuncio sobre la no pertinencia de la causa, que contradecía lo que él mismo había escrito y publicado cuando murió José Gregorio Hernández. El estancamiento duró de 1949 a 1957. En 1961 el tribunal diocesano consideró necesario desmentir del modo más concreto posible esas acusaciones y se reanudó el proceso⁴⁸. Duró hasta el 24 de febrero de 2025, cuando el papa Francisco firmó el decreto para su canonización. Aunque ya en 1986 le fueron reconocidas por la Iglesia sus virtudes heroicas. Nos alegramos de que sea, precisamente él, el primer santo venezolano canonizado por la Iglesia: “Él es laico, es un profesional, es un hombre (...) logró la santidad por su trabajo, por su profesión, por su humildad. Él es el alma de los venezolanos”⁴⁹.

47 En Yáber, *José Gregorio Hernández*, 209-210.

48 Cf. Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 357-376.

49 Roberto Briceño León, en Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández*, 444.

Conclusiones

Sintetizo lo dicho expresando lo que más me impresiona:

- La composición armónica de muchas facetas y, sobre todo, de las cualidades y la calidad humana: por una parte, que tuviera tiempo para todo; por otra, que todo lo realizara con excelencia, como si sólo se ocupara de eso.
- El trabajo incesante y cualificado para lograr esa armonía. No es algo que viene dado de suyo; hay que irlo haciendo constantemente, con hondo sentido de realidad y con implicación personalizadora.
- El que la relación con Dios y con Jesús llevaran siempre la voz cantante. El que haya podido vivir abierta y consecuentemente su condición de creyente en ese ambiente positivista, siendo aceptado por sus representantes no a pesar de su fe, sino por creer que ella no entraba en ese primer estadio de la evolución histórica que ellos creían superado.
- También me asombra, porque no es nada común el que haya sido respetado por el gremio de los intelectuales y, más concretamente, por el de los médicos, y, conjuntamente, admirado y querido y requerido por el pueblo.
- Ahora bien, lo que me parece más admirable es el que superara conjuntamente los dos contrarios: tanto el ambiente positivista reinante en su medio profesional, como la idea establecida de que el ideal cristiano es dejar el mundo para dedicarse a la contemplación. Ahora bien, la superación no fue intelectual, sino práctica, vital. Y este modo de vivir, espoleado por su relación con Dios y con Jesús, y desde ellos con los demás, es el secreto que fue moldeando su vida, su personalidad, y la moldeó de un modo tan trascendente a su medio, tanto secular como eclesástico, que por eso logró un enorme ascendiente sobre

todos, un ascendiente que no disminuía a nadie, sino que lo estimulaba a seguir ese camino desde su propia personalidad y circunstancia vital.